

Prólogo

Tu t'en venais, rire des eaux, jusqu'à ces aîtres du terrien.*

Saint-John Perse

La vida demuestra que la experiencia personal es intransmisible. La experiencia colectiva, en cambio, no tiene por qué serlo, pues así como el humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, la Historia tropieza siempre en piedras distintas aunque se hallen en el mismo camino. La experiencia personal es singular y representa al Destino.

Un hombre pasea inquieto alrededor de su experiencia y medita. Ese hombre inquieto, tras un titubeo estratégico, apaga su pensamiento durante un momento y activa su mirada. Dos aves cruzan el horizonte. Admira su vuelo pausado y decidido. Todos los años pasan rumbo a un destino preciso, un viejo nido que renuevan cada vez. La experiencia, para ellas, es un camino recto. Todo cambio procede del exterior, de fuera de sí mismas; un viento contrario o favorable, una temperatura distinta, un bosque quemado que el año anterior verdecía, un hilo de agua nuevo o un cauce agotado... Ellas repiten sin desmayo el viaje y transmiten su experiencia a sus pollos, ya genéticamente, ya por aprendizaje. El ser humano carece de esa capacidad de recibir la experiencia por transmisión genética o por aprendizaje, un conocimiento que debería ser sustancial en su vida. Tan sólo en el ocaso es posible que la inteligencia se aventure a reflexionar sobre la experiencia; pero la experiencia, entre los humanos, es personal, por eso es intransmisible. ¡Qué situación aciaga!: El rey de la creación incapacitado para asumir algo que a los animales les es natural; la experiencia de las cigüeñas, o la de los leopardos, no es personal sino colectiva, propia de la especie. Característico del ser humano es volver la mirada en el último tramo del camino: ahí queda la línea de su vida al descubierto. Entonces es siempre tarde, siempre se dice: si yo hubiera sabido... O: si yo tuviera ahora treinta años... Dinero, gloria, poder, sexo... ¿por qué no acaban de ser una compensación ante la dolorosa contemplación de la luz en la decadencia? Pero queda lo que en verdad acompaña a los más afortunados, a aquellos que han conocido, por sentimiento, inteligencia y esfuerzo, el amor verdadero.

Es la hora del amanecer. Una luz entre rosácea y anaranjada se eleva por detrás de la línea de tierra tiñendo el cuadro. No hay nubes en el cielo, que pronto clareará hacia el azul. En la llanura tan sólo se distingue la tierra plana e islas de vegetación. Por el justo medio del horizonte, con un vuelo pausado y elegante, avanzan dos cigüeñas hacia su meta. Buscan un campanario que conocen bien, en la meseta castellana. Va a comenzar la primavera del año de gracia de 1945 y la Segunda Guerra Mundial está a punto de finalizar. El país, España, despierta entre el miedo y el hambre. En una casa cercana al campanario una mujer sufre los dolores del parto. «Viene con la luz del día», murmura una mujer asomando la cabeza por detrás de la comadrona. En la planta baja, el padre, con el chaleco desabotonado y en mangas de camisa, vacía de golpe el resto de una copa de cazalla, la posa en la mesa que preside el comedor, junta sus manos a la espalda en posición de firme y, por fin, se dirige a la ventana y descorre las cortinas. La oscuridad escapa apresuradamente. La campana de la torre de la iglesia da la hora, pero el silencio no huye como la oscuridad, sino que resiste en la habitación, por lo que el espacio se vuelve más suyo cuando la campana calla. Los cascotes de un caballo y el ruido de las pesadas ruedas que le siguen resuenan sobre los adoquines de la calle. Huele a ropa usada y a madera vieja. Hay una fotografía de boda enmarcada sobre el aparador. Junto a ella un jarroncito con unas flores ajadas, un cenicero con varias colillas, una jarra de cristal mediada de agua y un vaso de vidrio. Un perdiguero echado en el zaguán mira con ojos

lánguidos al hombre, que pasea de un lado a otro. Entonces se escucha el llanto y el perro alza las orejas. El hombre se queda quieto y rígido. Aguarda.

Una mujer desciende con pasos quedos y apresurados por la escalera.

–Es un varón –dice.

Amanece y no ha dormido en toda la noche.

«Te llamaré Andrés», murmura descargando su excitación en el nombre. Es un gesto contenido, que apenas sale de adentro. Pausa.

En cuanto al amor, éste es como la materia del universo; siempre cambiante, pero siempre existente. Otro titubeo; el pensamiento ha vuelto a ocupar su lugar y la mirada se distrae, luego recupera la atención. Hace rato que las cigüeñas han cruzado el cuadro y desaparecido por la derecha. El sol se manifiesta de pronto, brillante y anaranjado, y llena los ojos a medida que emerge. La tierra y el cielo padecen por la luz hasta que el cielo por fin vira al azul y la tierra se muestra suavemente dorada. El sol es ahora una yema de huevo que asciende rodeada por un halo. El amor, la experiencia, las ondulaciones de la tierra, el cuerpo desnudo, la caricia solar. El pensamiento se funde.

Llora. Llora, pequeña novedad. La criatura cuelga boca abajo como un pollo desplumado. Te llamó Andrés. ¿Cuántas cosas han sucedido para que nazcas tú? ¿Cuánto se ha movido el mundo? ¿Y tu padre sobre tu madre? El pensamiento vuela.

La comadrona le habrá cortado el cordón y todo eso y dado un azote en el minúsculo culo para que llorase. ¡Qué inmensidad el espacio en el que cuelga por los pies! ¡Perdido en qué lugar extraño, distante, vacío! Agitaría sus manitas buscando quizá el calor perdido, el líquido en el que flotaba, el latido unánime, sí, el pollo desplumado. Bienvenido a la vida, caballere.

–¡Ohé, Cadavia! –grita Baldomero Delcampo abrochándose apresuradamente el chaleco.

Cadavia, al otro lado de la ventana, parado en la calle, mira hacia adentro como tratando de averiguar de dónde procede la voz. Es un hombre delgado o, más bien, escuchimizado, vestido de manera estafalaria con una chaqueta de color indefinible que le queda corta de mangas, y unos pantalones tobilleros; una camisa sin remeter asoma por debajo de la chaqueta y se cubre la cabeza con un sombrero de fieltro de ala recta y corta y copa aplanada. Otea el interior de la casa a través de la ventana entrecerrando los ojillos y adelantando la cabeza, hace un gesto desdeñoso y espera con las manos en los bolsillos a que la voz se manifieste de nuevo.

Baldomero aparece a la puerta de su casa haciendo señas al hombre para que se acerque. Éste se hace el remolón, sin sacar las manos de los bolsillos, balanceándose alternativamente sobre uno y otro pie. Baldomero insiste.

–¡Cadavia! –grita de nuevo–. Ven a cobrar tu estipendio.

El llamado Cadavia comienza a dar unos pasos hacia el otro en actitud displicente. Poco a poco va acercándose a él y se detiene al llegar a su altura. El otro ha esperado con paciencia. Lleva el chaleco abrochado, como el cuello de la camisa, blanca inmaculada, y en los puños luce gemelos grandes y redondos. Baldomero Delcampo tiene una figura esbelta, ha de medir más del metro setenta y lleva el pelo peinado hacia atrás y pegado al cráneo; se ajusta los pantalones con trabillas, planchados con raya impecable. A la vista está que cuida su porte y se considera un elegante. Se lleva la mano al bolsillo, saca un fajo de billetes, separa unos cuantos y se los tiende al escuchimizado, que no hace ademán de recogerlos.

–¿Y esto por qué? –dice Cadavia.

–Ha sido un varón y te lo debo –dice Baldomero metiéndole los billetes en el bolsillo superior de la chaqueta; Cadavia los mira inclinando ligeramente la cabeza.

–Estupendo estipendio –comenta.

Baldomero contempla con arrobos amoroso a su mujer, dormida y exhausta. Cerca del lecho conyugal está la cuna del recién nacido, que duerme también, tras haber tomado el pecho por primera vez, escondido entre velos y encajes. Baldomero apenas se atreve a levantarlos por evitar que el niño despierte y despierte a la madre, sin percatarse aún de que sólo el hambre lo despertará cuando llegue. Por fin se aparta sigilosamente, retrocede hasta la puerta del dormitorio y desciende al piso bajo. Cadavia y el doctor están charlando en el recibidor, de pie.

–Una criatura sana y robusta, amigo Delcampo, no tendrá usted queja –dice el doctor frotándose las manos con satisfacción.

–Gracias a que llegó usted a tiempo –contesta Baldomero–. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un estimulante?

–Un caldito, si puede ser –dice el doctor.

Baldomero llama a la criada.

–Ahora –empieza a decir Cadavia, que no se ha quitado el sombrero al entrar– no me queda más remedio que conjurar una niña.

–Usted y sus conjuros, Cadavia, acabarán en el infierno, se lo digo yo –señala el doctor–. El cura ya le tiene echado el ojo y éstos no son tiempos para andarse con tonterías.

–¿Qué niña? –Baldomero pregunta como el que acaba de volver a tocar tierra después de un vuelo místico.

–¿Cuál ha de ser? –responde Cadavia–. La niña que tengo destinada a tu primogénito.

–¿Tú? –salta Baldomero–. ¿Quién demonios eres tú para tomar esa decisión? ¿Quién te crees que eres, pedazo de acémila, para entrometerte en la vida de mi hijo?

Cadavia se pone en jarras ante Baldomero.

–Soy quien ha obrado el milagro –dice altivo.

–*Vade retro, Satanna!* No pongas esa palabra en tu boca, abominación! Los milagros son cosa del cielo, no del infierno –el vozarrón del cura irrumpe como un portazo en la estancia–. Aquí no hay nada que afecte a tu negociado, así que punto en boca sobre estas cuestiones porque pertenecen a la Santa Iglesia, de la cual tú eres un réprobo –se planta en mitad del salón como si estuviera tomando la plaza, pero ninguno de los presentes parece sorprendido.

–¿Tengo que retirarme? –dice Cadavia por toda respuesta, dirigiéndose al dueño de la casa.

–No –dice éste de mal humor–, pero hálbame de esa niña.

–Baldomero –el cura interviene otra vez con severidad–, no juegues con fuego. La magia y la brujería son cosa de farsantes, cuando no de algo más peligroso. Malo es que admitas en tu casa a gentes de esta calaña, pero más grave aún es que les des crédito. Olvidemos este asunto y hablemos del futuro de esta nueva vida, de esta criatura con la que Dios ha bendecido tu hogar. ¡Un varón, además!

–Lo que es cierto y digo como hombre de ciencia –comenta el médico después de paladear el caldo que Baldomero le ha servido– es que la inesperada fertilidad y el buen parto de Asunta son, sobre todo la primera, lo más parecido a un milagro que yo haya podido contemplar –se queda pensativo, como si analizara en profundidad lo que acaba de decir, y luego, aparentemente satisfecho, da un nuevo trago a su taza.

–El poder del Altísimo –empieza a decir el cura, que ha tomado asiento como quien se adueña de la situación.

–¡Oído al parche, Cadavia! ¡A ver de qué estamos hablando! ¿Qué es eso de la niña? –reclama Baldomero con autoridad.

La primera vez que vi a Clara sentí un golpe en el corazón. Fue un golpe duro y seco, como el de una mano abierta dando de plano sobre el pecho. Lo sentí adentro, no en la piel, y lo recuerdo como si acabara de suceder. Por lo general, lo que se conoce con el nombre de flechazo es más propio de un sentimiento intenso y repentino, una especie de revelación emocional. Mi caso es distinto: fue un golpe al corazón, un golpe físico, quiero decir. De hecho fue tan real que me dolió y me dejó aturdido, incapaz de reaccionar ni de asimilar. Es evidente que ella no me golpeó, fue su presencia. Todavía no comprendo bien cómo pudo producirse una reacción semejante, pero fue así. Quizá por ello nuestra historia es tan peculiar.

Un golpe duro en el pecho, en el lado del corazón, es una señal importante. Los pecadores lo practican tanto más enérgicamente cuanto mayor es su arrepentimiento y lo mismo cabe decir de quienes afirman con ese gesto su fidelidad a un hombre o a una causa; pero no fue el golpeo de un puño cerrado, semejante al de un centurión romano, sino el de una palma abierta contra el pecho; no fue externo sino que nació dentro; no fue una decisión o una elección o una afirmación mía ante un hecho impactante, porque no intervino mi voluntad; fue sólo una sensación invasiva tan repentina como una revelación, algo inexplicable que, de pronto, formaba parte de mí, que se manifestó dentro de mí, tan auténtica e insólita a la vez que me quedé anonadado, incapaz de asumir que sólo era el efecto de una reacción emocional brutal por un sentimiento desconocido hasta entonces; porque no es que a esa edad –yo acababa de cumplir quince años– no nos atrajeran las chicas, sino que nadie de entre nosotros podía llegar a imaginar que la sola presencia real de una de ellas fuera capaz de producir un impacto tan impresionante.

Porque la verdad es que yo me asusté. No podía entenderlo y, sin embargo, su evidencia era absoluta. Ella lo advirtió, lo vi en su gesto, en su ademán y en todo su ser, y me sobrevino una vergüenza extrema en medio de mi estupor, así que el desconcierto fue doble. Recuerdo perfectamente, como si estuviera viviendo la escena de nuevo, que ella caminaba hacia mí con dos amigas y que, en el preciso instante en que recibí el golpe, perdí el dominio de mi cuerpo, quedé extático, todo se borró alrededor –la plaza, la recua que abrevaba en el pilón, el mulero que se apoyaba en su bastón, la puerta de mi casa, las amigas de Clara, la campana de la iglesia...– y sólo quedó ella. E inmediatamente comprendí que desde ese momento quedaba ligado a ella.

Yo había oído hablar del amor, pero era un concepto. El sentimiento más parecido respondía hasta entonces a otra palabra: querer. Quería a mis padres, quería a mis tíos, quería a mis primos –o los detestaba, según el momento–, había que querer al prójimo y a la Virgen María, mis padres se querían... El amor humano era algo desconocido para mí hasta ese instante asombroso. El amor entre un hombre y una mujer. De hecho, lo sentí, pero no lo reconocí hasta más tarde, cuando el concepto se hizo carne, como el Verbo, y habitó dentro de mí. Y, sin embargo, acababa de vivirlo por arte de magia, como quien dice, como uno de esos momentos centrales en la vida de una persona; y el conocimiento quedaba ahí, balanceándose igual que una boya en el mar, una baliza sujeta al fondo marino, sobre la enorme y expectante extensión de mi vida futura.

El niño Andrés Delcampo tardaría mucho en saber que un día del mes de abril de 1950, Clara Zubia, de domingo con su vestidito de piqué blanco, calcetines de perlé y unas diminutas merceditas también blancas, llevada de la mano por el hombre apellidado Cadavia, entró en su casa a la hora de la siesta y ambos se dirigieron en derechura a la habitación donde dormía el niño. Era el día siguiente a la luna llena, el cielo estaba despejado, el sol lucía sin castigar y tanto la calle como la casa de la familia Delcampo estaban sumidas en el silencio y el retiro. Todo el mundo dormía la siesta, unos en su cama y otros amodorrados en la butaca, la mecedora o a la sombra de un árbol. Andrés dormía también, respirando apaciblemente por la boca. Cadavia y la niña llegaron hasta la cama y se situaron junto a la cabecera contemplando al durmiente. Clara miraba con curiosidad y alternativamente al hombre y al niño y ambos guardaban un respetuoso silencio semejante al que antecede al comienzo de una ceremonia. La niña tenía su mano derecha cogida de la de Cadavia y la izquierda cerrada con fuerza. Al cabo de un minuto, ella miró significativamente a Cadavia y éste asintió con un gesto; la niña se soltó de su mano, se inclinó atentamente hacia la cabeza de Andrés, abrió entonces la mano izquierda, tomó entre los dedos el pequeño anillo que apareció en la palma y, con infinito cuidado, lo depositó bajo la lengua del durmiente. Luego retrocedió, volvió a cogerse de la mano de Cadavia y ambos se quedaron de nuevo inmóviles, contemplando al niño. El silencio de la casa era el silencio de la eternidad, y los dos parecieron hallarse dentro de ella y fuera del mundo por unos instantes. Luego, el niño se agitó ligeramente y la realidad descendió de nuevo sobre ellos. Cadavia soltó a la niña y retrocedió unos pasos; ella, en cambio, permaneció junto a la cabecera de la cama, mirando con la misma curiosidad de antes. Entonces, repentinamente, Andrés abrió los ojos y la vio. La miró con extrema fijeza y ella, sorprendida, lo miró igual. Unos instantes después los párpados de él se cerraron borrando su mirada y siguió durmiendo. Clara volvió su carita hacia Cadavia con un gesto interrogante y él asintió con la cabeza al tiempo que le tendía su mano, a la que la niña se cogió retrocediendo para ponerse a su altura. Después, Cadavia se aproximó de nuevo a la cabecera, introdujo dos dedos en la boca del niño, que se removió inquieto, extrajo el anillo y extendiendo la otra manita de la niña, lo puso en ella. Era un anillo muy sencillo, de metal noble, que la niña miró y remiró en su mano con curiosidad y satisfacción antes de cerrarla sobre él. Aún se mantuvieron allí unos instantes, ella mirando su mano, él contemplando al pequeño Andrés con un leve rictus de complacencia en sus labios, y luego retornaron por donde habían venido. Nada ni nadie interrumpió el silencio sesteante de la casa. Ganaron la calle, también silenciosa y desierta, y abandonaron el lugar con paso tranquilo. El reloj de la iglesia dio la hora mientras cruzaban la plaza.

Ésta fue, caballere, la primera vez que te fijaste en Clara Zubia. Tenías cinco años y mucho sueño, pero la viste. La segunda vez fue cuando sentiste aquel golpe de plano en el corazón, pero en la vibración central de ese golpe, tu memoria reconoció sin saberlo a la niña que depositó el anillo bajo tu lengua y de ese modo te cautivó para siempre.